

Ni siquiera pios deseos al empezar 2015. Como mucho, que me quede como estoy. En vez de los empalagosos vals marca Strauss o los saltos de los Cuatro Trampolines, como cuando deambulaba pastoso por casa con unas resacas de nochevieja que me abotargaban de todas, ahora estreno el año en el pueblo, al amorcillo de la lumbre, con una lectura oriental, que siempre sosiega y enaltece. Esta vez se trata de 'Haikus en el corredor de la muerte' (Hiperión), antología de textos, con jugosos comentarios, escritos por condenados y traducidos por Elena Gallego (a la que llamé erróneamente, en otro artículo, Teresa Gallego, mil perdones) y Seiko Ota. El prefacio reverencial del crítico y filósofo Tsurumi Shunsuke alude a la consideración que le merecen quienes se aprestan a dilucidar la naturaleza y el sentido de las pulsiones contrarias de la vida y la muerte en el camino, sólo de ida, hacia el patíbulo o el cadalso, circunstancia que permite reflexionar sobre nuestra efímera condición y sobre las entretelas del pensamiento que deriva de la sumisión ante la niveladora. Luego, los jaikus se organizan por temas, en torno a la soledad, la culpa, el arraigo -estremecedores los dedicados a las madres-, la vida y el despedirse de ella.

Abrumado por poquedades, pequeñeces y reveses íntimos de escasa entidad, se queda uno pasmado ante el cuajo de quienes al borde del más allá tienen el valor de fijar su testamento vital en el conciso molde de la estrofa nipona por antonomasia. Ya a principios de siglo la extinta DVD editó un amplio florilegio de 'poemas japoneses a la muerte'. Allí había palabras de despedida de amantes o samuráis, aquí son de presos contemporáneos condenados a la pena capital, de una serenidad inaudita, propia de una cultura muy diferente a la occidental, que puede llegar a lo imperturbable en este trance: «Ejecución mañana; ¡igualo las uñas cortándolas, /noche primaveral». La verdad es que en un jaiku cabe todo, pienso en los senryús de la 'Tertulia del haiku', poemas leídos y saboreados con un café en la Tertulia Almodín de Valencia, con prólogo, para esta reunión de atentos, de Antonio Cabrera. Entre los 'Haikus sin loto', uno de Carles Santamília: «Si quieres próspero/año nuevo, no cantes/villancicos». O su 'Tanka infartada': «A la coyunda/última se entregó/en cuerpo y asma./Dictaminó el forense:/sobredosis de viagra».

Nada más salir de casa, tal vez por el contacto del viento vivificador, mis recuerdos mejoran. Hace poco lei, en una carta de Stefan Zweig, con Joseph

Roth como destinatario, una sentencia de Romain Rolland que se me quedó grabada: «Los hombres conocen y, aun así, aman». Adelante, pues, a pesar de los pesares, cómo tira el aire, no hay manera de evitarlo. Ahi es nada, Roth y Zweig, dos fuerzas netas de la escritura. Acatilado ha publicado en el volumen 'Ser amigo mío es funesto' su correspondencia, decisiva para entender el destino de su Europa, también de la actual, cuyos valores, no sólo literarios, ambos barruntaban que iban a derrumbarse. En su primera respuesta al santo bebedor ya advierte el autor de 'El mundo de ayer', libro no menos emblemático en torno a este asunto, sobre «la monotonización, la mezcolanza, la acomodación y la uniformidad» de nuestro continente. Basta enchufar hoy la tele para comprobarlo.

Debajo del castro he espantado cuatro corzos que andaban por una fuente y se han ido elegantemente, brincando a veces, camino del monte. Cojo un poco de resuello al abrigo de una mata de acebos. Reparo en que Roth, uno de los primeros malditos, hombre de conducta rebelde y desordenada que retratará espléndidamente su amigo Soma Morgenstern, muestra siempre un respeto absoluto, aunque a menudo se muestre pedigrüeno, hasta impertinente, poniendo a prueba la paciencia infinita de su interlocutor, por el distinguido Zweig, escritor del establishment. De hecho es quien establece el contacto epistolar y el que envía la mayor parte de las misivas -muchas de Zweig se perdieron-, que ya conocíamos por su epistolario completo traducido por Gil Bera, como corresponde a un discípulo, sin duda aventajado. Parecido a ahora, que se ha perdido cualquier forma de admiración, de deferencia incluso.

Caen algarazos de mala leche, algunos cuajan pero al momento la ligera capa se regala. El murmullo leve del viento y el silencio hondo de la nieve en la noche incitaron a Henry David Thoreau a salir al campo a primera mañana, caminata de la que da razón en 'Un paseo invernal', libro con el que Errata Naturae llega a los cien títulos aunando calidad literaria, descubrimiento de autores desconocidos por estos lares, textos hartos originales y provechosos y factura formal impecable, circunstancia de la que nos congratulamos sobremanera, máxime en estos tiempos tan críticos para el gremio.

En medio de una quietud sobrecogedora -como ésta que siento ahora, ladera arriba, ni un hombre, seguro, a muchos kilómetros a la redonda, ni siquiera pájaros cantando, bajo un silencio absoluto, que es «la

Un paseo de invierno

En buena compañía para afrontar el año

UN ÁNGULO ME BASTA

FERMÍN HERRERO



